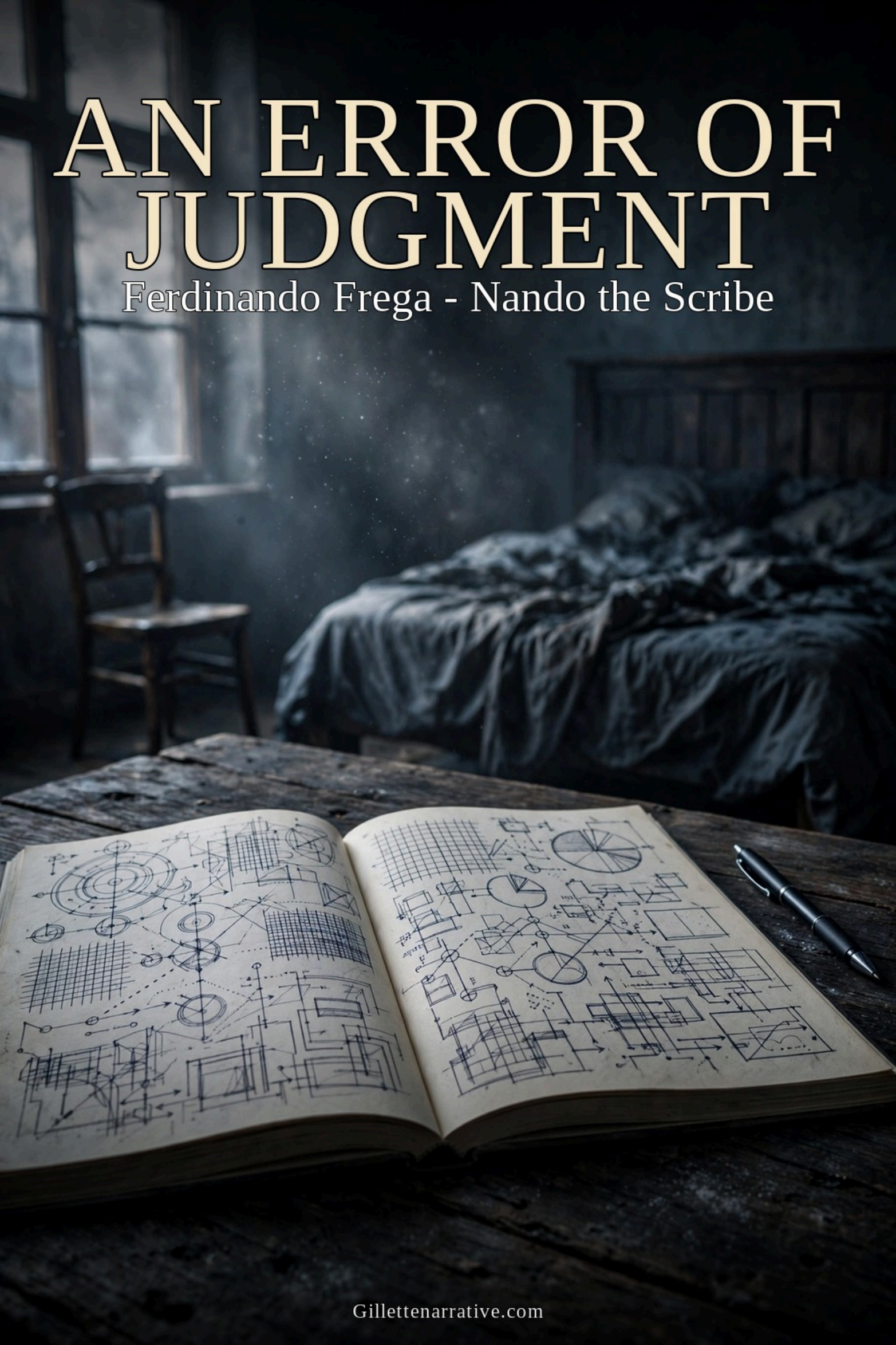

AN ERROR OF JUDGMENT
Ferdinando Frega - Nando the Scribe
Gillettenarrative.com

GILLETTE: UN ERROR DE JUICIO

GilletteNarrative — The Blade Essays

Cuando un hombre llega a los sesenta y uno y se descubre verdaderamente solo, ya no vive entre sus recuerdos. Vive entre sus errores.

Los recuerdos son inofensivos. Ya no pueden hacerte daño. Los errores son distintos. Los errores se despiertan antes que tú. Se sientan al borde de la cama esperando a que abras los ojos. Son los compañeros leales de la edad porque son lo único que no puedes renegociar.

Aquella mañana de agosto me sorprendí pensando en la vieja institución del sur de Italia conocida como el matrimonio reparador.

En los pueblos de los años cuarenta y cincuenta, dos jóvenes se enamoraban con la temeridad reservada a los jóvenes. Se deseaban, confiaban el uno en el otro y nunca pensaban en las consecuencias. Luego las consecuencias llegaban igual. A veces un hijo. A veces dos. A veces tres.

Las familias miraban la realidad y elegían una solución práctica. No porque fueran ilustradas. No porque fueran románticas. Porque el escándalo salía más caro que el matrimonio. A los dos amantes se los empujaba hacia el altar, se los bautizaba en la responsabilidad y se los soltaba en la sociedad cargando hijos, obligaciones y un futuro que no habían planeado pero que ahora tenían que construir.

Cuando las familias se oponían a la relación, había otra solución.

La fuitina. La fuga. Dos jóvenes desapareciendo juntos para anunciar que el consentimiento se había vuelto irrelevante.

El mensaje era simple: Nos pertenecemos. Alcáncennos cuando puedan.

Al final todos volvían. Las familias siempre vuelven. Los padres los perdonan porque quieren a sus hijos. Los abuelos perdonan porque los nietos derriban toda ley anterior del corazón.

Pero aquella mañana yo no estaba pensando en parejas jóvenes. Estaba pensando en mí. Durante años, mi ejercicio privado se había convertido en la contabilidad de los errores. Decisiones equivocadas. Silencio equivocado. Lealtad equivocada. Expectativas equivocadas. Y a diferencia de aquellos jóvenes amantes, a mí no me esperaba ningún matrimonio reparador. Ningún cura de pueblo. Ningún consejo de familia. Ninguna fórmula social capaz de corregir la aritmética.

Comprendí entonces que mi propia fuitina había durado cuarenta años. Sesenta y cinco países. Cuatro décadas. Una fuga solitaria a través de los continentes. La pregunta ya no era si había huido. La pregunta era: ¿De qué había huido exactamente? El 14 de agosto de 2026 llegó por fin la respuesta. Saber qué había pasado no bastaba. Entender por qué había pasado se volvió esencial. La diferencia entre la sabiduría y el sufrimiento no suele ser más que una explicación que falta.

Y de pronto quedó claro. No había sido traición. No había sido conspiración. Ni siquiera había sido el destino.

Había sido un error de juicio. Un error de juicio magnífico, caro, de toda una vida. No podía corregirlo. No podía recurrirlo. No podía negociar con la autoridad suprema responsable del resultado.

Mi destino. El Chief Executive Officer de todas las consecuencias a las que me he enfrentado. Y por primera vez dejé de discutir con él.

Ferdinando Frega